
TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ Y FRANCISCO COBO ROMERO (*Eds.*)

LA ESPAÑA RURAL,
SIGLOS XIX Y XX
ASPECTOS POLÍTICOS, SOCIALES Y CULTURALES

GRANADA, 2011

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
MIGUEL ÁNGEL DEL ARCO BLANCO

Ilustración de la cubierta:

© de los autores
Editorial Comares, S.L.
C/ Gran Capitán, 10 bajo
18002 Granada
Tlf.: 958 465 382 • Fax: 958 272 736
<http://www.comares.com>
E-mail: libreriacomares@comares.com
ISBN: 978-84-9836-793-5 • Depósito legal: Gr. 84/2011
Fotocomposición, impresión y encuadernación: Editorial Comares

SUMARIO

INTRODUCCIÓN: ALGUNAS PROPUESTAS INTERPRETATIVAS SOBRE LA EVOLUCIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL DEL MUNDO RURAL EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López.	IX
1. DUDAS Y DESENCANTOS DE UNA SOCIEDAD CIVIL EMERGENTE. LA SECULARIZACIÓN DE LA ESPAÑA RURAL DECIMONÓNICA. Gregorio Alonso	1
2. LA POLITIZACIÓN DEL CAMPESINADO EN LA ÉPOCA DE LA RESTAURACIÓN. UNA PERSPECTIVA EUROPEA. Miguel Cabo y Xosé R. Veiga ..	21
3. CONFLICTO Y SOLIDARIDAD EN EL REGADÍO VALENCIANO BAJO LA POLÍTICA DE ÉLITES DURANTE EL SIGLO XIX. Salvador Calatayud, Jesús Millán y M ^a Cruz Romeo	59
4. ORGANIZACIÓN ECONÓMICA, MOVILIZACIÓN Y CATOLICISMO SOCIAL EN LA SOCIEDAD RURAL DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX. Gloria Sanz Lafuente	89
5. LOS DISCURSOS ANARQUISTAS EN TORNO A LA REVOLUCIÓN AGRARIA Y LA MOVILIZACIÓN DEL CAMPESINADO. Javier Paniagua Fuentes ...	125
6. LOS SOCIALISTAS ESPAÑOLES Y LA «CUESTIÓN AGRARIA». Manuel González de Molina	155
7. LA ESTRATEGIA ELECTORAL DEL SOCIALISMO ESPAÑOL Y SUS EFECTOS SOBRE LA POLITIZACIÓN DEL CAMPO, 1875-1923. Salvador Cruz Artacho ..	193
8. CAMPESINADO, POLÍTICA Y URNAS EN LOS ORÍGENES DE LA GUERRA CIVIL, 1931-1936. Francisco Cobo Romero	219

9. LOS FRANQUISTAS DEL CAMPO. LOS APOYOS SOCIALES RURALES DEL RÉGIMEN DE FRANCO (1936-1951). Miguel Ángel Del Arco Blanco y Miguel Gómez Oliver	257
10. CAMPESINOS Y JORNALEROS BAJO EL FRANQUISMO. REPRESIÓN, DISENTIMIENTO Y CONFLICTIVIDAD EN EL CAMPO ESPAÑOL, 1939-1975. Teresa María Ortega López	289
11. LOS COMUNISTAS, LA DEMOCRACIA Y EL CAMPO. EL «ASAMBLEARISMO CAMPESINO» Y LA DIFUSIÓN DE VALORES DEMOCRÁTICOS ENTRE LA SOCIEDAD RURAL, 1962-1975. Francisco Cobo Romero y María Candelaria Fuentes Navarro	319
12. LOS SOCIALISTAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO RURAL DURANTE LA TRANSICIÓN POLÍTICA, 1975-1986. Antonio Herrera González de Molina	353
SOBRE LOS AUTORES	375

INTRODUCCIÓN

ALGUNAS PROPUESTAS INTERPRETATIVAS
SOBRE LA EVOLUCIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL
DEL MUNDO RURAL EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Francisco Cobo Romero
Teresa María Ortega López
Universidad de Granada

¿HACEN FALTA NUEVAS INTERPRETACIONES SOBRE EL PAPEL DEL MUNDO RURAL EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA?

Hoy en día nadie duda de la importancia decisiva que el mundo rural ha tenido en el transcurso de la historia de España, de manera especial en su etapa contemporánea. A lo largo de las tres últimas décadas, un destacado número de especialistas ha subrayado en multitud de trabajos la decisiva impronta aportada por los comportamientos individuales y colectivos de la población agraria sobre el desenvolvimiento de los principales hitos de nuestro reciente pasado. En una elevada proporción, los aludidos trabajos han incorporado innovadores utillajes teóricos, consiguiendo colocar en una posición preeminente a las expresiones políticas, culturales, alegóricas y ritualizadas que rodearon las vivencias del campesinado y las experiencias colectivas del mundo rural en sus explicaciones sobre la naturaleza y las características que revistieron las transformaciones de las sociedades agrarias. En consecuencia, a lo largo de las tres últimas décadas se ha registrado un encomiable esfuerzo de investigación que, de manera gradual y harto dificultosa, nos ha obligado a reorientar nuestras percepciones acerca del decisivo protagonismo jugado por el mundo rural en la secuencia de los más destacados procesos de cambio registrados en la España contemporánea. La principal consecuencia de todo lo anterior nos ha capacitado para situar el epicentro de muchos de los grandes hitos históricos de los siglos XIX y XX en las manifestaciones específicas de la vida social rural, es decir, fuera de los habituales ámbitos del mundo urbano y las grandes aglomeraciones demográficas. No obstante, y pese a que la afirmación precedente se ha evidenciado atinada y certera, aún suele ser bastante frecuente encontrar en una gran cantidad de publicaciones especializadas, especialmente aquéllas que abordan de forma genérica la historia contemporánea de España, omisiones incomprensibles al respecto. A lo más que suelen llegar estos trabajos es a recalcar el indiscutible peso de la agricultura en la economía y la sociedad españolas. En el mejor de los casos tan sólo se limitan, de

manera pusilánime o vacilante, a deslizar nuevamente entre sus páginas viejas y superadas tesis historiográficas. Muchas de estas periclitadas teorías resultan ser las más pertinaces herederas de aquellos desgastados paradigmas interpretativos que poca o ninguna justicia hicieron a los auténticos y decisivos papeles desempeñados por el mundo rural, o por el campesinado, en el largo camino trazado durante la tortuosa construcción del Estado-nación llamado España.

Sin duda todavía se nos antojan exiguas las monografías que dedican la debida atención a aspectos tan esenciales y trascendentes como, por ejemplo, la crucial contribución política prestada por las elites rurales en la edificación del nuevo Estado liberal. Muy escasas continúan siendo, asimismo, las investigaciones centradas en el determinante papel jugado por la politización o por la difusión de diferenciadas culturas políticas entre el campesinado español en el largo proceso de asentamiento del liberalismo y el parlamentarismo. En el devenir del referido proceso el campesinado se comportó como un actor político diferenciado, plenamente capacitado para entablar una suerte de entretejida negociación con las elites políticas urbanas orientada hacia la defensa de sus particulares intereses, contribuyendo así a la gestación de todo un rico entramado de estrategias autónomas de integración en las disputas políticas estatales que revelaron un acentuado paralelismo con aquellas otras que ya han sido descritas para algunos países de la Europa occidental. Pese a la constatación de tan modestos avances, cabe afirmar que aún persisten en las investigaciones históricas de carácter generalista imperdonables ausencias, que terminan convirtiendo a esas mismas investigaciones en meras recopilaciones parciales, sesgadas, imperfectas o insuficientes.

Pese al carácter capital que ha sido casi unánimemente otorgado por la historiografía más rupturista e innovadora a las sociedades rurales y sus complejas manifestaciones políticas, conflictivas, culturales, simbólicas o rituales, todavía se constata una intolerable ausencia de monografías especializadas que incorporen el abordaje riguroso de nuevos paradigmas dotados de suficiente capacidad explicativa. No se nos escapa el hecho de la manera tangencial, y relativamente esquinada, con que todavía se continúa afrontando el decisivo asunto de los orígenes agrarios de procesos históricos tan trascendentales como la guerra civil de 1936-1939. Como tampoco somos ajenos a la lamentable liviandad teórica de los aún insignificantes estudios que acometen el complejo análisis del papel cumplido por el revestimiento alegórico y mitificado con el que se envolvió la dictadura del general Franco, y que fue utilizado por el régimen en la obtención de un espeso entramado de apoyos sociales, cosechados entre las clases medias del mundo rural durante la decisiva etapa de su inicial implantación. Tales omisiones se acrecientan conforme nos acercamos a periodos históricos más recientes. Así, de la lectura detenida de los manuales y obras genéricas que tanto han proliferado últimamente sobre la denominada Historia de la España Actual, casi nada se dice acerca de

la profunda renovación experimentada por el personal político de extracción rural que copó las principales instituciones locales durante la etapa inaugural de la dictadura franquista, contribuyendo de manera decisiva a su sostenimiento y reproducción. Y, desde luego, muy poco sabemos aún (aún cuando estudios muy recientes comienzan a emitir esperanzadoras señales) sobre el concluyente papel desempeñado por el mundo rural y la población agraria en la formalización, durante el apasionante periodo de desmantelamiento de la dictadura franquista, de redes cívicas y movimientos sociales que allanaron el camino a la actual democracia.

Somos, pues, conscientes de la imperiosa necesidad de colmar los abundantes vacíos detectados en nuestra reciente historiografía. Comprometidos con un esfuerzo dirigido a conceder al mundo rural y al campesinado español el papel primordial que cumplió en el transcurso de la denominada «contemporaneidad», hemos diseñado la elaboración de la presente monografía. Solamente a través de la constatación de los incomprensibles «silencios historiográficos» que han sido bosquejados podemos llegar a ser conscientes de la inaplazable necesidad de colocar los estudios sobre el mundo rural en el lugar que merecidamente les corresponde. Esto último será, en consecuencia, lo que nos proponemos con la culminación de la presente obra colectiva. Nuestro propósito no ha sido otro que incorporar, en una inédita visión globalizadora y panorámica, las más novedosas aportaciones que sobre el mundo rural han visto la luz a lo largo de los últimos años en el panorama de la reciente historiografía española. Perseguimos, pues, la utilización de nuevos instrumentos historiográficos, teóricos y metodológicos con los que auscultar las claves del comportamiento de la sociedad rural española de los siglos XIX y XX. La presente recopilación de estudios se instala sobre la utilización de las sugerentes herramientas interpretativas provenientes de la nueva historia política. Pero quizás una de sus principales virtudes provenga de la sensibilidad mostrada por sus autores hacia las innovadoras reflexiones en torno al protagonismo desempeñado por las construcciones simbólicas y los lenguajes políticos en la gestación entre el campesinado y la sociedad rural de específicas actitudes conflictivas y de movilización, o de la importancia que casi todos ellos han otorgado a las recreaciones simbólicas y discursivas de la realidad empleadas por los actores sociales rurales en la gestación de sus particulares identidades colectivas.

Pensamos que el libro que el lector tiene en sus manos constituye una ocasión única para poner fin a viejos y ajados tópicos historiográficos, dando a conocer nuevas y sugerentes investigaciones sobre las complejas manifestaciones políticas, culturales e ideológicas protagonizadas por el campo, los campesinos y el mundo rural español a lo largo de los dos últimos siglos de nuestra historia. Sirvan de precedente las siguientes reflexiones teóricas e interpretativas, únicamente orientadas a presentar algunos de los más significativos avances registrados en las últimas décadas por la historiografía centrada en el análisis socio-político del mundo rural,

y preocupadas por resaltar el papel protagonista desempeñado por las sociedades agrarias en el desencadenamiento de algunos de los más importantes procesos de cambio operados en la historia reciente de nuestro país.

MODERNIZACIÓN AGRARIA Y POLITIZACIÓN CAMPESINA

La situación del campesinado español conoció sustanciales modificaciones en los últimos años del siglo XIX y los iniciales del XX. De una parte, la privatización de uso y jurídica de amplios espacios agrarios de anterior aprovechamiento vecinal redujo las oportunidades de obtención, por parte de la población rural, de bienes y artículos extraídos de las denominadas tierras comunales¹. Esto último condicionó una mayor dependencia de los pequeños propietarios o arrendatarios respecto a los mercados capitalistas en expansión. De la misma manera que condenó a los jornaleros a disponer casi únicamente, para su subsistencia, de los salarios percibidos mediante su contratación por los patronos agrícolas². Por otra parte, la extensión de determinados cultivos intensivos en trabajo, cada vez más orientados hacia la venta de sus excedentes en los mercados, permitió al pequeño campesinado un perceptible incremento de su renta disponible. Esto último lo capacitó, a su vez, para un acceso más fácil a la propiedad o al cultivo directo de la tierra³.

La restauración de las condiciones de competitividad internacional una vez superado el conflicto mundial de 1914-1918, reforzó las estrategias patronales capitalistas, encaminadas hacia la maximización del beneficio y el incremento de la productividad. Todo ello llevó aparejada la estricta aplicación de criterios rentabilistas —fuertemente contestados por los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas— en un buen número de explotaciones rústicas, algunas de ellas regentadas por pequeños y modestos propietarios o arrendatarios que habían conocido una cierta prosperidad al calor de la expansión agraria posterior a la «crisis finisecular». La conjunción de las circunstancias descritas dio paso a un incremento de las relaciones salariales sostenidas entre el conjunto de los grupos sociales rurales. Pero, sobre todo, impulsó una mayor frecuencia en las relaciones

¹ Véase: GEHR (Grupo de Estudios de Historia Rural), «Más allá de la “propiedad perfecta”. El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», en *Noticiario de Historia Agraria*, 8 (1994), 99-152; COBO ROMERO, Francisco; CRUZ ARTACHO, Salvador y GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel, «Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía Oriental (1836-1920)», en *Agricultura y Sociedad*, 65 (1992), 253-302.

² GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.), *Historia contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio*, (Granada: Junta de Andalucía, 2000), pp. 249-252.

³ ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco, *Crisis y modernización del olivar*, (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1987).

laborales mantenidas entre los modestos labradores y los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas de Andalucía, Castilla La Mancha, Extremadura, Murcia o el Levante.

Al igual que aconteciera en otras muchas regiones agrícolas de la Europa Occidental y mediterránea, la agricultura española experimentó, desde las décadas finales del siglo XIX y durante el primer tercio del XX, un poderoso fenómeno de readaptación a las nuevas necesidades de los mercados internacionales. Esta y otras transformaciones hicieron posible asimismo un importante cambio en las características de la población rural de numerosísimas comarcas dispersas por casi toda la geografía nacional. Por citar tan solo un ejemplo, en las provincias orientales andaluzas (Almería, Granada, Jaén o Málaga) creció el número de cultivadores y propietarios agrícolas beneficiados por la expansión de determinados cultivos intensivos en trabajo, tales como el olivar, la vid o los frutales. Pero al mismo tiempo, y alentado por la fase expansiva que conoció la economía española durante el primer tercio del siglo XX, tuvo lugar en otras muchas poblaciones agrícolas un significativo incremento del conjunto de la población activa agraria. Este último fenómeno impulsó el crecimiento, tanto de los pequeños propietarios y arrendatarios⁴, como de los jornaleros⁵. La urgencia con que debían efectuarse determinadas faenas de recolección, y la fuerte dependencia de algunas de ellas respecto al aporte de abundante mano de obra agrícola, obligó incluso a los pequeños propietarios y arrendatarios a recurrir, con una frecuencia cada vez mayor, a la contratación periódica de jornaleros y asalariados. Todos ellos se vieron abocados, en consecuencia, a entablar constantes relaciones laborales⁶. De tal manera que, en determinadas coyunturas socio-políticas en las que las posiciones negociadoras de los jornaleros se vieron favorecidas, o en las que la crisis agraria endureció las posiciones patronales, los desacuerdos desembocaron en auténticas oleadas huelguísticas. Desde la crítica coyuntura significada por la neutralidad española en la Gran Guerra comenzaron a predominar, en buena parte de la agricultura española, aquellas expresiones huelguísticas y conflictivas centradas en la reclamación de

⁴ COBO ROMERO, Francisco, *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950*, (Jaén: Universidad de Jaén, 1998), pp. 104-109.

⁵ COBO ROMERO, Francisco y GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel, «Obrerismo y fragmentación del campesinado en los orígenes de la Guerra Civil en Andalucía», en Manuel González de Molina y Diego Caro Cancela (eds.), *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, (Granada: EUG, 2001), pp. 221-282, véanse especialmente las pp. 238-245.

⁶ LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio, «Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: El trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba)», en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 3 (2006), pp. 63-119.

incrementos salariales, o relacionadas con las condiciones específicas en que se efectuaba la contratación de la mano de obra jornalera⁷. Este notable sesgo en la orientación del conflicto rural quizá provocase una aguda aproximación entre las asociaciones de defensa de los jornaleros, surgidas desde principios del siglo XX, y los postulados reformistas o gradualistas sostenidos por los socialistas de la Unión General de Trabajadores (UGT) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Esto puede explicar la insólita expansión de estas últimas organizaciones por numerosas provincias de Andalucía, Castilla y León, Castilla La Mancha o Extremadura durante el periodo 1918-1920⁸. Asimismo, junto a la creciente polarización existente en la sociedad rural, comenzaron a hacerse perceptibles desde los comienzos del siglo XX las intensas fracturas aparecidas en el seno del campesinado mismo. Esto último fue el resultado de que los modestos labradores comenzasen a adoptar posiciones cercanas a las defendidas por la gran patronal agraria, sobre todo a la hora de rentabilizar sus pequeños fundos. El fenómeno de segmentación interna del campesinado comenzó, pues, a dibujarse con nitidez desde el llamado «*trienio bolchevista*» de 1918-1920. Así pues, los viejos alineamientos verticales sobre los que se sostuvieron las tradicionales relaciones de patronazgo y dominio clientelar, se fueron debilitando a medida que transcurrían las primeras décadas del siglo XX. Pero, de manera especial, cuando emergieron los sindicatos de obreros agrícolas de signo izquierdista o revolucionario a lo largo del periodo 1903-1920.

De manera paralela al fenómeno de transformación agraria y laboral descrito, tuvo lugar otro de permanente readaptación de los comportamientos políticos y electorales del conjunto de la población rural⁹. Las protestas campesinas contra las medidas desamortizadoras aplicadas a lo largo del siglo XIX, estuvieron ini-

⁷ RODRÍGUEZ LABANDEIRA, José, *El trabajo rural en España (1876-1936)*, (Barcelona: Anthropos-Ministerio de Agricultura, 1991), pp. 206-209; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.), *Historia Contemporánea de Andalucía...*, op. cit., pp. 258-259.

⁸ CALERO AMOR, Antonio María, «Movimiento obrero y sindicalismo», en Antonio Miguel Bernal (dir.), *Historia de Andalucía*, vol. 8, (Barcelona: Planeta, 1983), pp. 121-177; TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932)*, (Madrid: Siglo XXI, 1978); BIGLINO, Paloma, *El socialismo español y la cuestión agraria, 1890-1936*, (Madrid: Ministerio de Trabajo, 1986).

⁹ Véase el excelente estudio sobre la implantación política del socialismo en el mundo rural llevado a cabo por: ACOSTA RAMÍREZ, Francisco; CRUZ ARTACHO, Salvador y GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO, Manuel, *Socialismo y democracia en el campo (1880-1930). Los orígenes de la FNTT*, (Madrid: Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, 2009).

cialmente suscitadas y conducidas por los republicanos y los federales¹⁰. De igual forma, desde los comienzos del siglo XX los socialistas venían pugnando por una verdadera democratización de los poderes locales. A través de la mencionada estrategia pretendían la moralización de la vida política municipal, así como la conversión de los ayuntamientos en instancias de representación de los intereses del campesinado pobre, los jornaleros y los sectores populares. En su apuesta por la movilización política de la sociedad rural, los socialistas se atrajeron el apoyo de una gran cantidad de jornaleros y braceros agrícolas del sur peninsular.

La creciente sensibilización política de los jornaleros se vio acompañada por un ascendente interés, localizado entre los pequeños propietarios y arrendatarios, por las cuestiones de la política estatal y por su participación en las disputas electorales. Este fenómeno de politización del campesinado intermedio de los pequeños propietarios y los modestos labradores estuvo, a su vez, inducido por la conexión creciente de sus explotaciones con los mercados nacionales e internacionales. En medio de una economía agraria progresivamente mercantilizada, los precios de mercado alcanzados por las cosechas dependían, en multitud de ocasiones, de las decisiones políticas adoptadas desde el Estado en torno a la fijación de los aranceles, la regulación de los salarios agrícolas, la duración de la jornada laboral o la imposición tributaria sobre la propiedad rústica. Todas estas circunstancias propiciaron la suscitación entre el conjunto de la población agraria de un interés en alza por las luchas políticas nacionales¹¹.

Pero sería sobre todo a partir del denominado «*trienio bolchevista*», cuando se pusiese de manifiesto la definitiva segmentación interna de la mayor parte del campesinado¹². Las tensiones en aumento descritas para el ámbito laboral tuvieron su reflejo, asimismo, en un divergente comportamiento político entre los diferentes segmentos de la población campesina. En el seno de un sistema agrícola altamente dependiente de los insumos proveídos por las energías renovables y la fuerza de trabajo jornalera, los costos salariales se habían ido erigiendo en un factor de vital importancia. La acelerada e intensa sindicación de los jornaleros del sur, la meseta o el levante español fue su respuesta básica ante la necesidad

¹⁰ LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio, *Republicanism and anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868–1900)*, (Córdoba: La Posada, 2001).

¹¹ COBO ROMERO, Francisco, «Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa Occidental de entreguerras», en *Historia Agraria*, 38 (2006), 47–73.

¹² COBO ROMERO, Francisco, «‘The Red Dawn’ of the Andalusian Countryside: Peasant Protest during the ‘Bolshevik Triennium’, 1918–20», en Francisco J. Romero Salvadó and Angel Smith (eds.), *The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship, 1913–23*, (New York, Houndmills, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010), pp. 121–144.

de fortalecimiento de sus posiciones en el mercado laboral. Con ella perseguían la obtención de mejoras salariales con las que hacer frente a la carestía de la vida, o a las fuertes elevaciones de precios de los productos de primera necesidad. Los partidos políticos de izquierda, y de manera fundamental el PSOE, aprovecharon esta fuerte corriente de sindicación jornalera espontánea para ahondar en la sensibilización política de los trabajadores agrícolas en general. La politización en alza de los jornaleros, indujo al reforzamiento de la politización de los pequeños propietarios y arrendatarios. Sin embargo, estos últimos casi siempre oscilaron hacia su integración en las organizaciones profesionales o políticas del conservadurismo, el tradicionalismo o el catolicismo, monopolizadas por los ricos hacendados agrícolas, viéndose, así, inmersos en la órbita de intereses de la burguesía agraria y los grandes propietarios, o sintiéndose partícipes de la defensa de los principios de deferencia, jerarquía, tradición y sumisión, propios del viejo «orden patronal rural»¹³.

LA GESTACIÓN DE ACTITUDES POLÍTICAS ENTRE EL CAMPESINADO ESPAÑOL. UN LARGO Y ACCIDENTADO CAMINO

Las salidas modernizadoras a la crisis agraria finisecular acentuaron la integración entre agricultura e industria, aceleraron la especialización de cultivos, incrementaron la rentabilidad de las explotaciones mediante una mayor vinculación a los mercados y precipitaron el progresivo derrumbe de unas viejas formas de patronazgo. Estas últimas se hallaban cada vez más debilitadas frente a la emergencia de una nueva burguesía agraria emprendedora y mercantilista, hasta verse definitivamente arrumbadas por la progresiva sensibilización política del campesinado intermedio, el auge del asociacionismo agrario y la sindicalización de los jornaleros.

La respuesta ofrecida por las formaciones políticas agraristas de la derecha conservadora ante el imparable deterioro de las formas tradicionales de deferencia campesina y la disolución de las redes clientelares sobre las que se había sostenido el prolongado dominio de los notables, consistió en muchos casos en la acentuación de los discursos del corporativismo y la apelación a los valores tradicionales del mundo rural, concebidos como una esfera progresivamente agredida por los intereses urbanos, el capitalismo individualista y las ansias especulativas de una

¹³ GONZÁLEZ, Ángeles, «La construcción de un mito. El trienio bolchevique en Andalucía», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), *La utopía racional...*, op. cit., pp. 175–219, véanse especialmente las pp. 204–205; CASTILLO, Juan José, *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino*, (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1979).

parasitaria oligarquía financiera. Los discursos del agrarismo redoblaron sus componentes interclasistas, dibujando el mundo de los intereses agrarios como el baluarte donde aún se albergaban los principios morales y espirituales de la sociedad tradicional, y acentuando los componentes ideológicos del tradicionalismo como instrumento idóneo para hacer frente con verdadera eficacia al empuje de las ideologías disolventes del «viejo orden» difundidas desde el anarquismo, el republicanismo, o el socialismo. Además, el fenómeno de la revitalización de los discursos políticos del conservadurismo y el catolicismo en los escenarios de las relaciones de dominación y patronazgo propias de la agricultura tradicional, guarda una estrecha relación con el gradual debilitamiento de esta última y su retroceso ante el avance experimentado por el capitalismo agrario. Parece probado que fue la profundización de las relaciones laborales capitalistas instaladas sobre la percepción del salario el factor que más decisivamente contribuyó al desvanecimiento de las inveteradas formas del patronazgo, acelerando de paso la atenuación de los lazos de carácter cultural o ideológico que garantizaban la subordinación y la deferencia campesina hacia los notables o la burguesía agraria. A esto último contribuyó también el arraigo de las estrategias mercantilistas y el ahondamiento de las mentalidades rentabilistas, que se fueron adueñando de los comportamientos de la mayor parte de los patronos y propietarios en las cada vez más conflictivas relaciones mantenidas con sus arrendatarios o aparceros. En este contexto, el arquetipo del cooperativismo agrícola propuesto por el sindicalismo católico se unió al reformismo social propalado por los discursos regeneracionistas, persiguiendo la integración del campesinado de pequeños y medianos propietarios o arrendatarios en nuevos moldes asociativos.

Tras superarse la crisis agraria finisecular había aumentado la integración del mercado nacional, la especialización agraria regional y el grado de mercantilización de las explotaciones. Este dinamismo de la economía agraria estuvo acompañado de profundas mutaciones en la sociedad rural. Unas fueron el resultado acumulativo de tendencias de largo plazo, como el crecimiento del grado de alfabetización de la población rural o el aumento de la movilidad interior y exterior gracias al desarrollo de las redes de transporte. Algunas otras, no menos importantes, estuvieron determinadas por las recesiones cíclicas de los subsectores agrícolas por la saturación de los mercados. Lo que generó, de un lado, el éxodo rural a las ciudades y regiones industriales del país o ultramar, y de otro, una mayor actividad del mercado de la tierra. Todo ello vino acompañado de la consiguiente creación o desaparición de pequeñas propiedades y la extensión de nuevas figuras contractuales. Finalmente, otra de las causas que dio lugar al desencadenamiento de las mutaciones registradas en el campo español en las fechas indicadas fue la progresiva movilización y politización de segmentos crecientes de la sociedad rural, especialmente a partir de la crisis del 98. Desde la derrota española en la guerra hispano-norteamericana

proliferaron discursos plurales sobre la sociedad rural que denunciaban los males del campo. El tono pesimista de la época inundó la opinión pública. Tanto en la prensa como en los medios políticos aparecieron voces críticas que empezaban a cuestionar los proyectos e instituciones del Estado liberal. En el caso concreto de la agricultura, figuras como la de Joaquín Costa reclamaban la modernización generalizada del sector y el fin de las prácticas políticas clientelares generalmente asociadas a la «agricultura tradicional», incluidos los abusos caciquiles y oligárquicos. La aparición, desde entonces, de asociaciones reivindicativas, o simplemente autónomas, de cultivadores —propietarios o arrendatarios— y jornaleros, dieron vida a la denominada «cuestión agraria» y encendieron el debate en torno al «problema de la agricultura» española.

El avance por casi toda la geografía rural española de movimientos huelguísticos inspirados por unas ideologías revolucionarias cada vez más asentadas entre el campesinado pobre y los jornaleros, unido indefectiblemente al temor que dicho avance generó entre la clase política, constituyeron la base del «giro ruralista» experimentado por una considerable porción de la intelectualidad y las fuerzas políticas de los años que siguieron al «desastre». La principal novedad que se derivó de aquel giro fue la adopción de una política «regeneracionista». Frente a la política represiva que los gobiernos dinásticos exhibieron hasta ese momento hacia las acciones «subversivas» del campesinado español, desde la primera década del siglo XX la «cuestión agraria» comenzó a enfocarse mediante un programa de intervenciones públicas que se inspiró en el reformismo social. La fuerza fue sustituida entonces, aunque la maquinaria represiva y coactiva del régimen de la Restauración nunca dejó de actuar, por una suerte de «ingenierismo social» que venía practicándose, casi por las mismas fechas, en otros países europeos. En la España de la derrota arraigaron con fuerza las demandas que exigían acometer la modernización de la sociedad rural, toda vez que se había constatado su fracaso —simbolizado en Castilla—, dando así «un golpe de timón» a la política agraria. Tanto los productores agrarios, cada vez más movilizados, como los políticos, imbuidos por el discurso regeneracionista difundido por la literatura ensayística y novelística de la época, eran conscientes que las respuestas a las persistentes demandas provenientes de la agricultura no podían venir de la mano de las viejas políticas liberales. Éstas se presentaban, a la altura de 1900, caducas e inútiles para emprender un viraje reclamado como necesario y urgente.

El prólogo al final de la sociedad liberal-rural tradicional decimonónica empezó a escribirse, pues, con una nueva letra. El regeneracionismo y el reformismo social colocaron a la sociedad rural, la quintaesencia de la nación, en el eje de su análisis. Al igual que otros países europeos, en España se multiplicaron los escritos que oponían la ciudad degradada y degradante, cosmopolita y desarraigada, a un campo que constituía el semillero de la vitalidad racial, desde un punto de vista

biológico y cultural, y de la prosperidad económica. La modernización del agro español, entendida en un sentido de mejora del capital humano y de aumento de la tecnificación de las labores agrarias, se convirtió en la clave para superar el «atraso secular» con el que muchos tachaban la situación de la agricultura y del campesinado de *fin de siècle*. Conservadores y liberales articularon entonces soluciones inéditas procedentes tanto de la ingeniería agronómica, que vio crecer desde el cambio de siglo su espacio en la sociedad española, como de otras corrientes de pensamiento que abogaban por el fomento de la pequeña propiedad para garantizar, por un lado, la formación técnica y económica del campesinado, y por otro, el aumento de la producción y el aseguramiento del consenso social.

Junto a las estrategias recién dibujadas, otra línea de actuación pretendía garantizar la difusión, entre las clases campesinas, de los ideales de la pertenencia a un idílico mundo, asentado sobre la convivencia armónica entre los distintos estratos de la sociedad rural y ritualizado a través del respeto y la sumisión debidos a las autoridades sociales encarnadas por los ricos propietarios y sus representantes eclesiásticos. Un pujante sindicalismo de cuño católico se expandió con fuerza entre el campesinado de amplias regiones de Castilla y León, Aragón, Navarra o el País Valenciano. Alcanzó éxitos más que perceptibles difundiendo un discurso contemporalizador, sosteniendo una tupida red de cooperativismo agrícola y ahondando en un mensaje supuestamente comprometido con el favorecimiento de la pequeña propiedad para contener el avance del capitalismo individualista¹⁴. Podría, pues, sostenerse que el asociacionismo patronal, y el sindicalismo agrario católico estrechamente ligado al primero, lograron hacer efectiva la integración política e ideológica de una importantísima porción del campesinado intermedio asociado a la explotación familiar. El sindicalismo católico-agrario conoció asimismo exitosas incursiones en el agrupamiento de los jornaleros, e incluso en el de los minúsculos propietarios y muy humildes arrendatarios. Sobre casi todos ellos, los grandes órganos de defensa de los intereses patronales ejercieron una eficaz maniobra de cooptación ideológica que, por extraño que parezca, allanó el camino hacia la integración del campesinado familiar en las grandes disputas político-electorales de la España de la Restauración¹⁵. Esto último fue logrado

¹⁴ Véase: GARRIDO, Samuel, *Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)*, (Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1996), pp. 48-59; y «El cooperativismo agrario español del primer tercio del siglo XX», en *Revista de Historia Económica*, 13, 1 (1995), pp. 115-144.

¹⁵ SANZ LAFUENTE, Gloria, «Une relecture des grandes organisations de propriétaires terriens en Europe. Entre l'entreprise coopérative, la transformation agricole et la politisation des campagnes, 1880-1939», en Jean-Luc Mayaud y Lutz Raphael (dirs.), *Histoire de l'Europe rurale contemporaine. Du village à l'État*, (Paris: Armand Colin, 2006), pp. 117-137.

mediante la incorporación, en las declaraciones programáticas del sindicalismo católico y conservador, de las aspiraciones campesinas a la regulación estatal de los mercados, la mejora sustancial en las condiciones del arrendamiento, el reconocimiento de sus derechos a la adquisición de las tierras arrendadas o la protección arancelaria de sus producciones¹⁶.

El renovado interés del catolicismo social y de las derechas agraristas por todo lo concerniente a la agricultura y las relaciones sociales gestadas en su entorno, guardaba una relación estrecha con aquel otro fenómeno, consistente en la sensibilización política que venía expresando el campesinado, y el conjunto de la población rural, desde el decenio final del siglo XIX y a lo largo de las décadas iniciales del siglo XX. Ese mismo celo tenía mucho que ver con la preocupación, exhibida por la mayor parte de la derecha liberal, por garantizar una amortiguada y cadenciosa conducción del creciente interés campesino ante las cuestiones relacionadas con las políticas agrarias emanadas del Estado, la legislación reguladora de los mercados y los salarios, el asociacionismo político o la participación electoral.

CAMPESINADO Y «POLÍTICA DE MASAS» EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

La historiografía de los últimos treinta años, ocupada del análisis del mundo rural en la Europa de entreguerras, ha sido prolija en el análisis del comportamiento político del campesinado europeo durante el decisivo periodo situado entre los dos grandes conflictos mundiales del siglo XX. Su rico legado de estudios y monografías nos ha revelado la existencia de un campesinado familiar súbitamente convertido en un protagonista político de primer orden, ascendentemente codiciado por los partidos del liberalismo clásico en su particular búsqueda de alianzas electorales estables con las que apuntalar unos regímenes liberales profundamente desequilibrados. En un principio, los intereses de los historiadores y sociólogos preocupados por comprender los móviles de la inserción del campesinado en las disputas políticas nacionales se centraron, casi exclusivamente, en las estrategias articuladas por este último para responder a la creciente participación del Estado en la ordenación de la producción agraria nacional. Este particular enfoque provocó que, en las décadas de los 70 y los 80 del pasado siglo XX, prevaleciesen unos marcos de análisis excesivamente deudores de los planteamientos clásicos abordados por la sociología estructuralista y el funcionalismo de raíz *parsoniana*. Imperó, pues, una interpretación «economicista» de la gestación de las sensibilidades políticas entre los distintos estratos del campesinado, exclusivamente deducida

¹⁶ Consúltase al respecto: CALVO CABALLERO, Pilar, *Asociacionismo y cultura patronales en Castilla y León durante la Restauración (1876-1923)*, (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2003).

de las estrategias articuladas por casi todos ellos, en sus relaciones con el Estado o los restantes grupos sociales rurales, de cara a la perpetuación de sus posiciones en torno a la propiedad o el acceso al uso de la tierra. Tales lógicas explicativas conferirían un papel primordial al carácter de las políticas agrarias defendidas por las coaliciones partidistas instaladas en el Estado, considerándolas como los factores impulsores de los posicionamientos políticos reactivos de las clases campesinas y responsabilizándolas de la adaptativa inserción de estas últimas en aquellas alianzas político-electorales más firmemente comprometidas con la específica defensa de sus intereses¹⁷.

Pese a lo anterior, y por paradójico que resulte, la historiografía europeo-occidental había prestado, hasta los años finales de la década de los 90, una escasa atención al papel jugado por la politización de los distintos segmentos de la población activa agraria en la crisis del parlamentarismo liberal de la Europa de entreguerras. Tampoco se había interesado por el protagonismo desempeñado por el campesinado familiar en la formalización de las multiformes alianzas interclases, que sirvieron de soporte a los diferenciados modelos de ordenación política finalmente prevalecientes a lo largo de aquella crucial etapa. Desde mediados de la década de los setenta, fueron los estudios preocupados por el señalamiento de los apoyos sociales prestados al nazismo los que, aparejados convenientemente con la eclosión de innovadoras metodologías analíticas basadas en los presupuestos de la denominada «inferencia ecológica», desbrozaron el camino hacia una futura etapa sensibilizada con el conocimiento de la movilización política del campesinado europeo del periodo de entreguerras¹⁸.

Desde comienzos de la década de los 90 surgieron algunas voces críticas, dispuestas a contrarrestar los análisis tradicionales acerca del protagonismo

¹⁷ Un buen ejemplo en LINZ, Juan J., «Patterns of Land Tenure, Division of Labor, and Voting Behavior in Europe», en *Comparative Politics*, 8 (1976), pp. 365-430. Véase también: SOKOLOFF, S., «Land Tenure and Political Tendency in Rural France: The Case of Sharecropping», en *European History Quarterly*, 10 (1980), pp. 357-382.

¹⁸ FALTER, J. W., «Economic Debts and Political Gains: Electoral Support for the Nazi Party in Agrarian and Commercial Sectors, 1928-1933», en *Historical Social Research*, 17, 61 (1992), pp. 3-21; FALTER, J. W., «How Likely Were Workers to Vote for the NSDAP?», en Conan Fischer (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, (Providence: R.I., Berghahn Books, 1996), pp. 9-46; BOSWELL, Laird, «The French Rural Communist Electorate», en *Journal of Interdisciplinary History*, 23, 4 (1993), pp. 719-749; BRUSTEIN, William and BERNTSON, Marit, «Interwar Fascist Popularity in Europe and the Default of the Left», en *European Sociological Review*, 25, 2 (1999), pp. 159-178; JONES, E. Terence, «Ecological Inference and Electoral Analysis», en *Journal of Interdisciplinary History*, 3, 2 (1972), pp. 249-262; KOUSSER, J. Morgan, «Ecological Regression and the Analysis of Past Politics», en *Journal of Interdisciplinary History*, 4, 2 (1973), pp. 237-262.

hegemónico de las clases medias de extracción preferentemente urbana en la diferenciada resolución de la crisis del parlamentarismo liberal¹⁹. Muchas de esas mismas interpretaciones alternativas coincidieron a la hora de apreciar el multi-forme agregado de segmentos sociales que se vio poderosamente atraído por las propuestas de radicalismo nacionalista y antiliberal gestadas desde el fascismo europeo de primera hora²⁰. Todo ello fue posible gracias al alumbramiento de una abundante bibliografía en torno a la naturaleza versátil, heterogénea y ambivalente de los posicionamientos políticos esgrimidos por el campesinado familiar o los jornaleros, y el carácter determinante de sus múltiples alianzas político-electorales sobre la configuración de regímenes de corte fascista, liberal-parlamentario o socialdemócrata²¹.

¹⁹ Al respecto, véase: GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «Sobre el “Dominio de las Masas”. Visiones y revisiones en la sociografía de los regímenes autoritarios y fascistas del periodo de entreguerras», en Edward Acton e Ismael Saz (eds.), *La transición a la política de masas*, (Valencia: PUV, 2001), pp. 129-156, vid. las pp. 153-156; BOSCH, Aurora, «Diversidad histórica y posibilidades de comparación entre las dictaduras europeas del siglo XX», en Edward Acton e Ismael Saz (eds.), *La transición a...*, op. cit., pp. 157-160.

²⁰ Pese a que la bibliografía al respecto es abundantísima, mencionaremos los títulos más relevantes aparecidos en los últimos años. Para el caso de Alemania de Weimar destacan los trabajos de FALTER, Jürgen W., *Hitlers Wähler. Der Aufstieg der NSDAP im Spiegel der Wahlen*, (Munich: Beck, 1991); «The First German Volkspartei: The Social Foundations of the NSDAP», en Karl Rohe (ed.), *Elections, Parties and Political Traditions. Social Foundations of German Parties and Party Systems, 1867-1987*, (New York, Oxford, Munich: Berg, 1990), pp. 53-81; BARANOWSKI, Shelley, *The Sanctity of Rural Life. Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia*, (Oxford and New York: Oxford University Press, 1995); MÜHLBERGER, Detlef, *Hitler's followers. Studies in the sociology of the Nazi movement*, (London and New York: Routledge, 1991) y «Who Were the Nazis? The Social Characteristics of the Support Mobilised by the Nazi Movement, 1920-1933», en *History Teaching Review Year Book*, 16 (2002), pp. 22-31. Para el caso de Francia consúltese IRVINE, William D., «Fascism in France. The strange case of the Croix de Feu», en *Journal of Modern History*, 63, 2 (1991), pp. 271-295; PASSMORE, Kevin, *From Liberalism to Fascism. The Right in a French Province, 1928-1939*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1997) y PAXTON, Robert O., *French peasant fascism: Henry Dorgère's Greenshirts and the crises of French agriculture, 1929-1939*, (New York: Oxford University Press, 1997). Para el caso de Italia véanse los trabajos de SNOWDEN, Frank M., *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922*, (Cambridge and London: Cambridge University Press, 1986) y *The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

²¹ MANN, Michael, *Fascists*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), pp. 113-118, 158, 161, 180-181; BRUSTEIN, William, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925 to 1933*, (New Haven: Yale University Press), 1996; ZOFKA, Zdenek, «Between Bauernbund and National Socialism. The Political Reorientation of the Peasants in the Final Phase of the Weimar Republic», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*, (Totowa, New Jersey: Barnes and Noble Books, 1986), pp. 37-63; HEILBRONNER, Oded, *Catholicism, Political Culture and the Countryside. A Social History of the Nazi Party in South Germany*, (Ann Arbor: The University of

En el seno de esta nueva matriz teórica y metodológica, el análisis de las crecientes tensiones entre los intereses rurales y urbanos, suscitadas con motivo de las manifestaciones inflacionistas y las sucesivas crisis que se precipitaron tras la finalización de la Gran Guerra, centró su atención en los procesos de radicalización campesina y sus hondas repercusiones sobre la estabilidad misma de las frágiles democracias parlamentarias²².

Pero fueron los estudios sobre el comportamiento político del campesinado independiente de la Europa de entreguerras llevados a cabo desde mediados de la década de los 90 los que más perceptiblemente se vieron influidos por los efectos del «giro cultural», dando así rienda suelta a la seducción ejercida por el análisis de los lenguajes políticos y su capacidad movilizadora entre la población rural. El énfasis puesto por todos estos estudios en la potencialidad para la suscitación de actitudes conflictuales y de movilización contenida en los elementos discursivos y simbólicos utilizados por las grandes formaciones partidistas, nos ha permitido comprender aún mejor la enorme versatilidad política del campesinado intermedio en la Europa de entreguerras. Pero, por encima de todo, nos ha capacitado para juzgar en sus justos términos la trascendencia de sus cambiantes alianzas en la

Michigan Press, 1998), pp. 150-154; ELAZAR, Dahlia Sabina, «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of Fascism in Italy, 1920-21», en *British Journal of Sociology*, 51, 3 (2000), 461-488; CARDOZA, Anthony L., «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en Ralph Gibson and Martin Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, (New York, London: Harper Collins Publishers, 1991), pp. 181-198; CARDOZA, Anthony L., *Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926*, (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1982); SNOWDEN, Frank M., *The Fascist Revolution...*, op. cit. Véanse asimismo: KOSHAR, Rudy (ed.), *Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe*, (New York and London: Holmes and Meier, 1990); LUEBBERT, Gregory M., *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, (Oxford: Oxford University Press, 1991), pp. 295-303 y «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», en *World Politics*, 39, 4 (1987), pp. 449-478, especialmente las pp. 460-464; MANN, Michael, *Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los estados nacionales, 1760-1914*, (Madrid: Alianza Universidad, 1997). Véase también KANE, Anne and MANN, Michael, «A Theory of Early Twentieth-Century Agrarian Politics», en *Social Science History*, 16, 3 (1992), pp. 421-454.

²² Para el caso del ascenso del nazismo en Alemania, véase: JONES, Larry E., «Crisis and Realignment: Agrarian Splinter Parties in the Late Weimar Republic, 1928-1933», en Robert G. Moeller (ed.), *Peasants and lords in modern Germany: recent studies in agricultural history*, (Boston: Allen and Unwin, 1986), pp. 198-232; PASSCHIER, Nico, «The Electoral Geography of Nazi Landslide. The Need for Community Studies», en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Peter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists. Social Roots of European Fascism*, (Bergen, Oslo: Universitetsforlaget, 1980), pp. 283-300; ABRAHAM, David, *The Collapse of the Weimar Republic. Political Economy and Crisis*, (Princeton: Princeton University Press, 1981).

deriva experimentada por las inconsistentes democracias de la época. Ha surgido así una nueva tradición de estudios sobre el campesinado y la política, primordialmente interesada en la medición de la potencialidad mitógena y movilizadora implícitamente engendrada por las recreaciones idealizadas del mundo rural y la agricultura que fueron copiosamente empleadas por las principales culturas políticas en pugna.

Desde esta innovadora perspectiva, hemos podido comprender mejor aún el alcance determinante de las propuestas políticas altamente seductoras desplegadas por el fascismo entre extensos colectivos de un campesinado familiar atenazado por la crisis agraria y la radicalización jornalera de inspiración marxista o anarquista. Como contrapartida a lo anterior, también ha sido posible cuantificar el impacto ejercido sobre los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas por las propuestas conciliatorias del socialismo, e incluso del comunismo, en aquellos países en los que ambas culturas políticas incorporaron a sus discursos un indeleble compromiso con los intereses de todos ellos en torno a la propiedad o la tenencia de la tierra²³.

La superación de la crisis agrícola y pecuaria padecida por la mayor parte de los países europeo-occidentales desde fines del siglo XIX hizo posible una intensificación de la vocación mercantil del sector primario, al mismo tiempo que fomentó la aparición de un fuerte y competitivo subsector agroalimentario asentado sobre una interrelación comercial cada vez más estrecha entre agricultura e industria. El afianzamiento numérico del campesinado familiar vino facilitado tanto por su progresiva orientación hacia el abastecimiento de los mercados urbanos, como por su especialización en aquellos cultivos intensivos en trabajo en los que alcanzaba óptimos rendimientos. La aparición de nuevas rotaciones de cultivo más productivas o la eficacia del aprovechamiento agro-ganadero reforzaron la rentabilidad de sus explotaciones. A todo ello se unió el uso eficiente del trabajo aportado por los miembros de la unidad familiar campesina, un factor que le reportó indudables ventajas respecto a las grandes propiedades capitalistas fuer-

²³ LYNCH, Édouard, «L'extrême gauche française et la question agraire durant l'entre-deux-guerres: de la révolution à l'agrarisme, convergences et singularités», en Jordi Canal, Gilles Pécout y Maurizio Ridolfi (dirs.), *Sociétés Rurales du XX^e Siècle. France, Italie et Espagne*, (Roma: École Française de Rome, 2004), pp. 285-309; LYNCH, Édouard, *Moissons Rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l'entre-deux-guerres (1918-1940)*, (Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 2002); LYNCH, Édouard, «Les usages politiques du soldat laboureur: paysannerie et nation dans la France et l'Europe agrarienne, 1880-1945», en Jean-Luc Mayaud y Lutz Raphael (dirs.), *Histoire de l'Europe rurale...*, op. cit., pp. 332-349; ELAZAR, Dahlia Sabina, «Electoral democracy...», artículo citado; BRUSTEIN, William y BERNTSON, Marit, «Interwar Fascist Popularity...», artículo citado.

temente dependientes de la mano de obra jornalera²⁴. Por otra parte, la creciente competitividad internacional en los mercados de materias primas y alimentos reforzó las estrategias patronales rentabilistas, instaladas sobre el aumento de la productividad y la sobreexplotación jornalera. Esta última circunstancia precipitó la rápida disolución de las viejas relaciones de patronazgo, el surgimiento de una nueva burguesía agraria con mentalidad productivista y la consolidación de jerárquicos y coercitivos modelos de contratación laboral²⁵. En las grandes explotaciones latifundistas de la Europa mediterránea que disponían de una abundante oferta de mano de obra agrícola, el atraso tecnológico, los pobres rendimientos y el aumento del precio de los insumos obligaron a la burguesía a practicar un control monopólico y exhaustivo sobre los mercados laborales, o la conminaron a ejercer severas medidas coercitivas en la contratación de los jornaleros para mantener bajos los salarios²⁶. Estos factores aceleraron la constitución, entre los braceros agrícolas, de disciplinadas y eficaces estructuras sindicales de carácter permanente, que con frecuencia incorporaron los mitos y los lenguajes diseñados por el socialismo, el anarquismo o el comunismo acerca de la revolución agraria, la colectivización de la tierra y el aniquilamiento político de la burguesía rural.

La irrupción de la Gran Guerra, y las acuciantes necesidades sentidas por los Estados beligerantes en todo lo referido a la regulación del sistema productivo, suscitaron la adopción de férreas medidas de intervención sobre la economía nacional. Las más perniciosas, desde el punto de vista del sostenimiento rentable de las economías familiares campesinas, contemplaban la elevada imposición tributaria, el establecimiento de cupos sobre la producción o el reiterado recurso a las requisas para asegurar la satisfacción, a bajos precios, de las necesidades alimentarias de la población urbana. Una vez finalizado el conflicto, los agudos repuntes inflacionarios, las convulsiones monetarias y la prolongación de las exacciones en una economía todavía controlada, volvieron a causar cuantiosos daños materiales

²⁴ Véase: GRIGG, David, *The Transformation of Agriculture in the West*, (Oxford and Cambridge: Basil Blackwell, 1992); KONING, Nick, *The Failure of Agrarian Capitalism. Agrarian politics in the United Kingdom, Germany, the Netherlands and the USA, 1846-1919*, (London and New York: Routledge, 1994); JONSSON, Ulf y PETERSSON, Ronny, «Friends or foes? Peasants, Capitalists, and Markets in West European Agriculture, 1850-1939», en *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems and Civilizations*, 12, 4 (1989), pp. 535-571.

²⁵ SNOWDEN, Frank M., «The City of the Sun: Red Cerignola, 1900-15», en Ralph Gibson y Martin Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power...*, op. cit., pp. 199-215; SNOWDEN, Frank M., *The Fascist Revolution...*, op. cit.; CARDOZA, Anthony L., «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en Ralph Gibson y Martin Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power...*, op. cit., pp. 181-198.

²⁶ SNOWDEN, Frank M., *Violence and Great Estates...*, op. cit.

a la mayor parte del campesinado familiar²⁷. A lo largo de los años 20, los elevados tipos de interés y el encarecimiento de los «inputs» industriales coexistieron con la caída de los precios de los productos agrícolas y la severa contracción de los mercados internacionales. Tan nefasta conjunción de factores disparó los niveles de endeudamiento del conjunto de la agricultura. El desencadenamiento, desde mediados de los 20, de una profunda crisis agraria de dimensiones mundiales provocó que la mayor parte del campesinado familiar europeo radicalizase sus posturas políticas, comenzando a exigir a sus respectivos Estados la adopción de urgentes medidas fiscales, monetarias o comerciales²⁸.

La persistente importancia numérica del campesinado familiar y su creciente radicalización contribuyeron a convertirlo en un agente político determinante en la constitución de las nuevas y pujantes coaliciones interclasistas de la Europa de entreguerras²⁹. La alianza sostenida por el campesinado de numerosos países europeos o bien con los partidos del «centro burgués» comprometidos con la hegemonía liberal, o bien con aquellos otros que aspiraban a la edificación de un nuevo orden ultranacionalista, palingenésico, totalitario o fascista, resultó determinante. En algunos países en los que la burguesía ya había conseguido liderar el proceso de asentamiento de la hegemonía liberal, como aconteció en la Francia de la III República, tras la Gran Guerra el campesinado familiar se mostró mayoritariamente fiel a la preservación del parlamentarismo. Esto último quizás fuese posible porque aquél acabó sintiéndose recompensado por los partidos del «centro liberal», y por el respaldo que casi todos éstos concedieron a la promulgación de medidas políticas que favorecían sus intereses y regulaban los mercados en su beneficio. En tales casos resultó determinante que los partidos de la izquierda socialista y/o comunista no se vinculasen de manera exclusiva a la defensa de los jornaleros, rechazando de manera explícita la difusión de programas revolucionarios orientados hacia la colectivización de la tierra o la extinción de la pequeña propiedad³⁰.

²⁷ Véase: MOELLER, Robert G., «Economic Dimensions of Peasant Protest in the Transition from Kaiserreich to Weimar», en Robert G. Moeller (ed.), *Peasants and Lords...*, op. cit., pp. 140-167.

²⁸ Véase: OSMOND, Jonathan, *Rural protest in the Weimar Republic. The free peasantry in the Rhineland and Bavaria*, (Nueva York: St. Martin's Press, 1993) y MOELLER, Robert G., *German Peasants and Agrarian Politics, 1914-1924*, (Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press, 1986).

²⁹ Véase al respecto: Gregory M. LUEBBERT, *Liberalism, Fascism...*, op. cit., pp. 277-285.

³⁰ BOSWELL, Laird, *Rural Communism in France, 1920-1939*, (Ithaca: Cornell University Press, 1998), y «The French Rural Communist Electorate», en *Journal of Interdisciplinary History*, 23, 4 (1993), pp. 719-749; LYNCH, Édouard, «L'extrême gauche française et la question agraire durant l'entre-deux-guerres : de la révolution à l'agrarisme, convergences et singularités», en Jordi Canal,

En el extremo opuesto al «paisaje político» recién dibujado podemos entrever cómo allí donde no fue posible el entendimiento entre el campesinado y las formaciones políticas del «centro burgués» o la socialdemocracia, la presumible oscilación de aquél hacia una «deriva fascista» y «antiparlamentaria» pudo convertirse en decisiva³¹. En algunos destacados casos en los que esto último ocurrió, el campesinado se sintió seducido por la resolutiva capacidad de contención del socialismo o el comunismo y por las demagógicas proclamas de exaltación ruralista que exhibieron tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán. Así pues, y en abierta oposición a los modelos exitosamente ensayados de absorción neutralizadora de las pulsiones y la radicalización política del campesinado, emergieron situaciones contrapuestas en el panorama de las alianzas políticas del medio rural de casi toda Europa³².

El ejemplo de la Alemania de Weimar nos permite observar cómo los compromisos contraídos con los intereses de la industria exportadora por los partidos del «bloque burgués» del centro-derecha se unieron a la «ceguera» política de la socialdemocracia. Ni los unos ni la otra supieron incorporar a su agenda la satisfacción de las demandas formuladas por una turbulenta corriente de radicalismo campesino, alentada por el endeudamiento rampante de la pequeña propiedad, el trato privilegiado otorgado en materia arancelaria a los intereses cerealistas de los *Junkers* prusianos y el desolador aislamiento padecido en la arena pública. De resultados de todo ello se expandió entre el pequeño campesinado mayoritariamente protestante una espesa honda de populismo, teñida de fuertes ribetes antielitistas que rezumaban un profundo rechazo a los partidos del liberalismo clásico³³. El efímero respaldo electoral expresado por aquel mismo campesinado hacia los fragmentarios partidos de intereses pronto dio paso a un fenómeno tan

Gilles Pécout y Maurizio Ridolfi (dirs.), *Sociétés Rurales du XX^e Siècle...*, op. cit., pp. 285-309; LYNCH, Édouard, *Moissons Rouges...*, op. cit. . Los casos de Dinamarca, Noruega, Suecia o Checoslovaquia evidencian la posibilidad de pactos de carácter socialdemócrata entre los obreros urbanos y el campesinado, facilitados por la renuncia o la incapacidad del socialismo a la hora de movilizar a los jornaleros en un sentido colectivista o revolucionario. Véase LUEBBERT, Gregory, *Liberalism, Fascism...*, op. cit., pp. 285-295.

³¹ El ejemplo de la Rumania de entreguerras nos muestra un campesinado, castigado por la crisis agraria y aislado por los partidos liberales, que se mostró proclive a defender los programas ultranacionalistas, antisemitas y fascizantes de la Guardia de Hierro de Codreanu. Véase: VEIGA, Francisco, *La mística del ultranacionalismo. (Historia de la Guardia de Hierro) Rumania, 1919-1941*, (Barcelona: Universidad Autónoma, 1989), pp. 113-117.

³² Al respecto, consúltese LUEBBERT, Gregory M., *Liberalism, Fascism...*, op. cit., pp. 295-303.

³³ FRITZSCHE, Peter, *Rehearsals for Fascism. Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, (New York and Oxford: Oxford University Press, 1990), pp. 114-118.

revelador como inesperado. Desde 1930 en adelante se hizo meridianamente perceptible la vigorosa irrupción de los nazis en los distritos electorales rurales más castigados por la crisis, o más profundamente decepcionados con el sistema de partidos existente³⁴.

Durante el denominado *Biennio Rosso*, las regiones de próspera agricultura capitalista de la Italia liberal de posguerra experimentaron un súbito acrecentamiento de la conflictividad huelguística, protagonizado por miles de jornaleros encuadrados en las poderosas «ligas agrarias socialistas». A instancias de estas últimas, toda una legión de braceros agrícolas recurrió a la utilización de prácticas reivindicativas extremas para lograr un equitativo reparto de las ofertas de empleo, desbaratando así el tradicional monopolio ejercido por la patronal sobre los mercados laborales. En medio de una excepcional coyuntura en la que una gran cantidad de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros se encontraba afianzando sus expectativas de acceso a la propiedad, o albergaba fundadas esperanzas sobre el probable incremento de la misma³⁵, la *Federterra* (el sindicato jornalero adscrito al Partido Socialista Italiano) hizo públicas sus aspiraciones a la colectivización de la agricultura. La «tiranía» de las ligas socialistas y los métodos expeditivos empleados en la defensa de los jornaleros les retrajeron el apoyo que muy poco antes les habían brindado los aparceros de las regiones centrales y del norte³⁶. La respuesta política ofrecida por la mayor parte del campesinado intermedio a las amenazas y el intrusismo provenientes del socialismo agrario se tradujo, en muchos casos, en la favorable acogida dispensada a unas ligas fascistas tan furibundamente empleadas en el aniquilamiento de las izquierdas como supuestamente comprometidas con la defensa de la pequeña explotación³⁷.

³⁴ Véase, CORNI, Gustavo, *Hitler and the Peasants. Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, (Nueva York, Oxford, Munich: Berg, 1990); JONES, Larry E., «Crisis and Realignment: Agrarian Splinter Parties in the Late Weimar Republic, 1928-1933», en Robert G. Moeller (ed.), *Peasants and lords...*, op. cit., pp. 198-232; LE BARS, Michelle, *Le mouvement paysan dans le Schleswig-Holstein, 1928-1932*, (Berne, Francfort-s. Main, Nueva York: Editions Peter Lang, 1986).

³⁵ Durante la inmediata posguerra un millón de hectáreas —sobre un total de 16,5 millones de hectáreas cultivadas— pasó a ser propiedad de unos aproximadamente 500.000 pequeños cultivadores, muchos de ellos antiguos aparceros o arrendatarios que, beneficiados por las circunstancias que facilitaron la adquisición masiva de tierras, se convirtieron así en nuevos propietarios agrícolas. Véase: Istituto Nazionale Economia Agraria, *La distribuzione della proprietà fondiaria in Italia*, (Roma: Fausto Failli, 1956), Vol. I, pp. 230-232.

³⁶ BOGLIARI, Francesco, *Il movimento contadino in Umbria dal 1900 al Fascismo*, (Milano: Franco Angeli Editore, 1979).

³⁷ BRUSTEIN, William, «The "Red Menace" and the Rise of Italian Fascism», en *American Sociological Review*, 56, 5 (1991), pp. 652-664; CARDOZA, Anthony L., *Agrarian Elites and Italian...*, op. cit.; SNOWDEN, Frank M., *The Fascist Revolution...*, op. cit.; CORNER, Paul, *Fascism in Ferrara*,

LA SIGNIFICACIÓN DEL CASO ESPAÑOL Y LOS ORÍGENES AGRARIOS DE LA GUERRA CIVIL

Las reacciones políticas expresadas por la población rural española ante la mercantilización de la agricultura, la importancia del Estado en la distribución de la renta agraria o la emergencia de un poderoso movimiento jornalero se ajustaron, parcialmente al menos, a las pautas descritas por el conjunto de la Europa occidental. El señalamiento de tales reacciones precisa un análisis basado en la conjugación de dos factores, presentes en la crisis agraria y de dominación patronal experimentada en el ámbito de las relaciones sociales agrícolas del periodo de la II República inmediatamente previo al estallido de la guerra civil. En primer lugar, debemos tener en cuenta la enorme conflictividad laboral registrada entre 1931 y 1933 en gran parte de las comarcas rurales con una agricultura mercantilizada, donde se precisaba el frecuente concurso de la mano de obra jornalera. Dicha conflictividad se vio estimulada tanto por la fortaleza de los sindicatos jornaleros de signo izquierdista como por los efectos de una legislación laboral avanzada, que habría favorecido enormemente las posiciones negociadoras de estos últimos en el mercado laboral. En segundo lugar, pensamos que tal conflictividad, asociada inextricablemente al descontento creciente de los pequeños propietarios y arrendatarios con la legislación laboral reformista, el auge del sindicalismo jornalero y las políticas de rentas implementadas por los gobiernos social-azañistas, provocó intensos reagrupamientos políticos entre los diferentes segmentos de la sociedad rural. Las alianzas políticas y electorales materializadas desde el año 1933 en las comarcas con una mayor presencia de pequeños propietarios y arrendatarios crearon un amplio frente patronal, que agrupó a estos últimos bajo la hegemonía y el liderazgo ideológico de la burguesía rural de los medianos y grandes propietarios agrícolas. Tal frente patronal trató de reconstruir el viejo orden agrario, caciquil y oligárquico, durante el denominado «*bienio negro*» de 1934-1936. Al no conseguirlo plenamente, tras las elecciones de febrero de 1936, buena parte de la gran patronal rural, respaldada por amplias fracciones del campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios, comenzó a considerar la posibilidad de una solución militar a la crisis agraria y a la progresiva pérdida de control sobre las condiciones de contratación de la mano de obra jornalera que venía padeciendo desde al año 1931. Sería conveniente, pues, resaltar la estrecha relación existente entre dos circunstancias decisivas en la evolución política y socioeconómica de un elevado número de comarcas rurales dispersas por buena parte de la geogra-

1915-1925, (Oxford: Oxford University Press, 1975); ZANGHERI, Renato, (a cura di), *Lotte agrarie in Italia. La Federazione nazionale dei lavoratori della terra, 1901-1926*, (Milan: Feltrinelli, 1960).

fía peninsular. En primer lugar, la intensa conflictividad campesina desplegada durante el primer bienio por extensos colectivos rurales vinculados al uso y explotación de los recursos agrícolas. En segundo lugar, pero no menos importante, el proceso de fragmentación —o segmentación interna— del campesinado de esas mismas comarcas, y la progresiva vinculación de buena parte de los medianos y pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas a los postulados ideológicos —y posteriormente antirrepublicanos— sostenidos cada vez con mayor insistencia por la gran patronal agraria.

La legislación laboral reformista del primer bienio republicano no sólo favoreció extremadamente la capacidad reivindicativa de los jornaleros y la mejora global de sus niveles salariales y de renta, sino que asimismo puso en peligro la sustentación de las formas tradicionales de explotación de la mano de obra rural utilizadas durante el proceso histórico de formación del capitalismo agrario³⁸. Asimismo, un buen número de disposiciones legislativas promulgadas para favorecer las posiciones de los jornaleros en el ámbito de las relaciones laborales sostenidas con los patronos agrícolas, perjudicó los intereses de los pequeños propietarios y arrendatarios. Incluso algunas normas como las de Laboreo Forzoso o de Términos Municipales, dificultaron las estrategias económicas empleadas por muchos de ellos para hacer frente a los efectos deflacionarios de la crisis agrícola de los años treinta y a la disminución de los beneficios obtenidos de sus reducidas explotaciones³⁹.

Estos hechos motivaron una paulatina desafección de numerosos grupos de pequeños propietarios, arrendatarios o aparceros agrícolas hacia el régimen republicano y su estela de avanzada legislación laboral. A las circunstancias descritas, debemos añadir el efecto persuasorio que jugó la intensa escalada de conflictividad huelguística rural que se desencadenó en extensas comarcas agrarias del mediodía

³⁸ Véase: MAURICE, Jacques, *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, (Barcelona: Crítica, 1990), pp. 347 y ss.; TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular*, (Madrid: Alianza Editorial, 1985); LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario, *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, (Madrid: Ediciones Libertarias, 1995); COBO ROMERO, Francisco, *Labradores, campesinos y jornaleros. Protesta social y diferenciación interna del campesinado jiennense en los orígenes de la guerra civil (1931-1936)*, (Córdoba: La Posada, 1992).

³⁹ El celo empleado por algunas autoridades municipales a la hora de velar por el estricto cumplimiento de disposiciones tales como la Ley de Laboreo Forzoso, la de Colocación Obrera o la de Términos Municipales, puso en peligro las prácticas de autoexplotación familiar, o de traslado temporal a las zonas agrícolas demandantes de trabajo asalariado en épocas de recolección, empleadas desde mucho tiempo atrás por numerosos grupos familiares de pequeños campesinos o arrendatarios. Véase: COBO ROMERO, Francisco, *Labradores, campesinos y jornaleros...*, op. cit. .

español durante el periodo 1931-1934⁴⁰. Muchas de las huelgas, protagonizadas mayoritariamente por los jornaleros, exigían el estricto cumplimiento de la legislación laboral reformista, y especialmente de las leyes de Laboreo Forzoso, de Términos Municipales, de Jurados Mixtos o de Colocación Obrera. Casi todas estas disposiciones atentaban contra las tradicionales estrategias económicas de los pequeños propietarios o arrendatarios, o provocaban un sensible incremento de los costos de mantenimiento de sus modestas explotaciones coincidiendo con un periodo de crisis agraria que redujo considerablemente la rentabilidad de las mismas.

La conjunción de los factores descritos aceleró, entre 1931 y 1933, el fenómeno de recomposición de las alianzas políticas en el seno de la sociedad rural. Buena parte de los campesinos más modestos vinculados a la explotación directa de sus pequeños lotes de tierra, se vieron agredidos por la difícil coyuntura económica internacional, y por la enorme fortaleza reivindicativa de los jornaleros. Giraron, pues, hacia una defensa instintiva de sus más arraigadas prácticas económicas. Pero sobre todo recelaron cada vez más de un régimen democrático que habría permitido la proliferación y el fortalecimiento de sindicatos de izquierda, habría impulsado una «odiosa» ley de Reforma Agraria o habría consentido el desbordamiento de las más nefastas expresiones de antirreligiosidad, reputadas intolerables o juzgadas como factores disolventes del orden moral tradicional que daba fundamentación a su existencia o sobre el que habían edificado su particular estatus.

LA GUERRA CIVIL, LA ACENTUACIÓN DE LAS FRACTURAS POLÍTICAS Y CULTURALES EN EL MUNDO RURAL Y EL RESPALDO DEL CAMPESINADO AL FRANQUISMO

La guerra civil de 1936-1939, concebida como el periodo histórico en el que se resolvieron de forma violenta las agudas tensiones sociales generadas en torno a la

⁴⁰ Véase: GARRIDO GONZÁLEZ, Luis, *Riqueza y tragedia social. Historia de la clase obrera en la provincia de Jaén (1820-1939)*, (Jaén: Diputación Provincial, 1990); PÉREZ YRUELA, Manuel, *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*, (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1979); PASCUAL CEVALLOS, Fernando, *Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República*, (Sevilla: Diputación Provincial, 1983); CARO CANCELA, Diego, «Una ciudad paralizada. La huelga general del verano de 1934 en Jerez de la Frontera», en *Trocadero*, 1 (1989), pp. 147-159; y de mismo autor: *Republicanismo y movimiento obrero. Trebujena (1914-1936)*, (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1991) y *Violencia política y luchas de clases: la Segunda República en Jerez de la Frontera (1931-1936)*, (Jerez de la Frontera: Ayuntamiento, 2001); LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario, *Orden público y luchas agrarias...*, op. cit.; SIGLER SILVERA, Fernando, «Aportación al estudio de los conflictos sociales y políticos durante la II República en Andalucía: el caso de la Sierra de Cádiz», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 1 (1987), pp. 263-274.

resolución de la «cuestión agraria» durante el primer tercio del siglo XX, constituyó, en consecuencia, un lapso temporal decisivo y particularmente determinante. Sin lugar a dudas, tan trascendental acontecimiento empujó al conjunto mayoritario de la población a tomar partido por alguna de las sensibilidades políticas e ideológicas de distinto signo y naturaleza que se vieron radical y violentamente enfrentadas. La confrontación bélica contribuyó a la simplificación, y aún a la sistematización inteligible, de los discursos ideológicos sostenidos por los dos bandos en pugna. Desde la nueva «España nacionalista», la contribución precedente constituida por la amalgama de lenguajes políticos y tradiciones de pensamiento antiliberal que exaltaban la violencia dirigida contra quienes supuestamente encarnaban los valores extranjerizantes y amenazadores de los fundamentos de la raza, el patriotismo españolista y el catolicismo más conservador, fue destilada a favor de la emergencia de un nuevo discurso unificador. Este último erigió a los combatientes contra el régimen de la II República en los auténticos adalides de un colosal movimiento histórico, que pretendía el completo exterminio de los enemigos de España para garantizar el asentamiento de las bases culturales y políticas posibilitadoras de la definitiva «regeneración de la raza hispana»⁴¹. Los enfrentamientos del periodo bélico predispusieron, aún más si cabe, a los componentes de amplios segmentos de las clases populares, y de las clases medias del campo y la ciudad, hacia la adopción de actitudes políticas violentamente contrapuestas, que exacerbaban, hasta un extremo inconcebible, los comportamientos colectivos de casi todas ellas.

La guerra civil introdujo cambios sustanciales en la economía, la vida política y los comportamientos de los habitantes de los pueblos y ciudades de las comarcas rurales que permanecieron leales a las autoridades republicanas. Las transformaciones fueron especialmente significativas en el ámbito de las pautas culturales, ideológicas y materiales que regían las relaciones entabladas entre los diferentes grupos sociales. Durante los primeros meses del conflicto, la vida cotidiana de innumerables pueblos y núcleos urbanos experimentó una profunda alteración. Los grupos sociales privilegiados, los integrantes de las tradicionales elites locales que habían ocupado posiciones dominantes en los ámbitos del poder municipal, así como los sectores sociales intermedios que habían contribuido tradicionalmente a sostener el edificio de relaciones de dominación y explotación de los ricos propietarios agrícolas sobre el campesinado —especialmente sobre los

⁴¹ Los orígenes culturales de los regímenes fascistas, y el componente palingenésico de su discurso rupturista y antidemocrático, pueden consultarse en GRIFFIN, Robert, *The Nature of Fascism*, (London and New York: Routledge, 1993); y más recientemente: GRIFFIN, Robert, «The Primacy of Culture: the Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», *Journal of Contemporary History*, 37 (I) (2002), pp. 21-43, vid. especialmente las pp. 37-43.

campesinos más pobres y los jornaleros—, comenzaron a padecer, después de las convulsiones políticas y sociales del verano de 1936, una situación de persecución y marginación. Todo ello provocó que, en infinidad de localidades, una multitud de destacados derechistas y prominentes miembros de la oligarquía rural fuese violentamente exterminada.

En la práctica totalidad de las poblaciones predominantemente agrícolas donde no triunfó inicialmente el alzamiento militar —aún cuando poco después muchas de ellas fuesen ulteriormente ocupadas por las columnas militares rebeldes—, se registraron actos revolucionarios, mayoritariamente protagonizados por grupos de jornaleros o de integrantes de los sectores más humildes de la sociedad rural, que perseguían de esta forma la instauración de un nuevo orden económico y político⁴². La guerra ocasionó, pues, una profunda y violenta transformación de las relaciones sociales en todas aquellas comarcas rurales donde, tras el asentamiento más o menos definitivo de la retaguardia leal, fracasaron los primeros y titubeantes intentos de involución antirrepublicana. En tales espacios geográficos, durante la primera fase de la guerra los comités populares fueron los auténticos dueños de una situación que podríamos calificar de revolucionaria. Practicaron la detención de los propietarios derechistas más sobresalientes, incautaron toda suerte de propiedades rústicas o modestos negocios comerciales y empresariales, llevaron a cabo infinidad de colectivizaciones, y ocasionaron gravísimos daños en el patrimonio eclesiástico, provocando así la soterrada inquina de cuantos contemplaban el ultraje practicado sobre sus más preciados valores culturales y morales⁴³. La quiebra política padecida por el Estado republicano durante los primeros meses del conflicto produjo en numerosísimas localidades rurales una situación de abierta

⁴² Véase: QUIROSA CHEYROUZE-MUÑOZ, Rafael, *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*, (Almería: Universidad-Servicio de Publicaciones, 1997) y *Política y Guerra Civil en Almería*, (Almería: Cajal, 1986). Véase asimismo: GIL BRACERO, Rafael, *Guerra Civil en Granada, 1936-1939. Una revolución frustrada y la liquidación de la experiencia republicana de los años treinta*, Tesis Doctoral, (Granada: Universidad de Granada, 1995).

⁴³ Los múltiples actos de destrucción, robo e incendio del ajuar de las iglesias, las imágenes religiosas y los centros de culto católico, así como los violentos actos de persecución sufridos por los representantes eclesiásticos en multitud de localidades rurales que permanecieron en la retaguardia republicana, han sido descritos por una ingente bibliografía. Véase, al respecto, SALAS, Nicolás, *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1936-1939)*, (Sevilla: Editorial Castillejo, 1997), Tomo II, pp. 517-521 y 548 y ss. Véanse también: CÁRCCEL ORTÍ, Vicente, *La gran persecución: España, 1931-1939*, (Barcelona: Planeta, 2000), y del mismo autor: *Caídos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, (Madrid: Espasa-Calpe, 2008); ALBERTÍ, Jordi, *La Iglesia en llamas. La persecución religiosa en España durante la Guerra Civil*, (Barcelona: Destino, 2008) y MONTERO MORENO, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1961).

persecución y exterminio físico contra los representantes políticos de la derecha agraria y el falangismo, así como contra todos aquellos integrantes de los sectores sociales intermedios y las denominadas «*clases de servicio*» acusados de desempeñar un papel tutelar en la defensa de los intereses ideológicos y materiales de la gran patronal y la burguesía. Los patronos y aquellos otros relevantes individuos que habían permanecido adscritos a la defensa de los valores del orden agrario tradicional, o bien fueron encarcelados o asesinados, o bien pudieron burlar el acoso de los más exaltados y lograron escapar hacia la zona controlada por los rebeldes. La trágica experiencia de la guerra, y el reforzamiento extremo del poder popular, jornalero y campesino en multitud de ayuntamientos y municipios agrarios de la retaguardia republicana durante el transcurso del período 1936-1939⁴⁴, exacerbó aún más las posiciones contrapuestas que ya sostenían los grandes grupos sociales rurales desde el inicio de la década de los treinta, e incluso acrecentó las divisiones existentes entre el campesinado desde los conflictivos años del régimen republicano. Debido a esta consolidación del poder jornalero en alianza con una variopinta gama de sectores populares, en los ayuntamientos de la retaguardia republicana controlados por los consejos municipales izquierdistas muchos ricos patronos, e incluso algunos pequeños propietarios y arrendatarios que se habían significado por su actitud antirrepublicana durante los meses previos al conflicto, resultaron gravemente dañados en sus intereses materiales, así como seriamente humillados por los colectivos más radicalizados de cada pueblo o ciudad. Hoy sabemos que en numerosos lugares de la retaguardia republicana andaluza, por citar tan sólo un ejemplo, se procedió, en consonancia con los decretos de incautación dictados por el Ministerio de Agricultura durante los meses de agosto y octubre de 1936, a la expropiación de un gran número de pequeñas explotaciones, regentadas por modestos campesinos que, de una u otra forma, habían manifestado expresiones de rechazo al régimen democrático de la II República o se habían opuesto a las pretensiones jornaleras durante el período de intensa agitación social que vivió la agricultura española entre 1931 y 1936⁴⁵. Los perjuicios ocasionados a un buen

⁴⁴ COBO ROMERO, FRANCISCO, «El control campesino y jornalero de los Ayuntamientos de la Alta Andalucía durante la crisis de los años treinta (1931-1939)», *Hispania*, LIX/1, 201 (1999), pp. 75-96.

⁴⁵ El alcance de las medidas de expropiación dictadas desde el Instituto de Reforma Agraria —en cumplimiento del decreto de 7 de octubre de 1936 promulgado por el Ministerio de Agricultura, por el que se incautaban las tierras pertenecientes a personas desafectas al régimen republicano o que hubiesen participado en actos de rebeldía contra las legítimas autoridades de la República— fue muy considerable en aquellas comarcas de la provincia de Granada que permanecieron bajo control gubernamental (republicano). En algunos partidos judiciales con predominio de la pequeña propiedad, el total de fincas expropiadas fue cuantiosísimo. En toda la provincia, las pequeñas explotaciones

número de modestos propietarios y arrendatarios por la oleada revolucionaria protagonizada por los jornaleros en los inicios de la Guerra Civil, orientaron definitivamente a los primeros hacia la defensa de las propuestas de jerarquía, autoridad y regreso al viejo orden rural patronal defendidas por el naciente régimen franquista.

El transcurso de la guerra y la actividad expropiatoria y revolucionaria de las izquierdas causó daños irreparables en la capacidad productiva de muchas haciendas rústicas, incluso entre las poseídas por un gran número de pequeños propietarios o arrendatarios que, o bien habían experimentado un proceso de «derechización» durante el transcurso de la II República, o bien habían girado bruscamente hacia la defensa de los ideales de catolicismo paternalista, conservadurismo, respeto a la propiedad privada y aniquilamiento de las izquierdas defendidos por las derechas fascistizadas. Terminada la contienda, los patronos fueron restituidos en sus propiedades e intereses una vez que fue implantado el régimen franquista. Pero el enfrentamiento de clases había sido tan dramático en los años inmediatamente precedentes que, junto a los ricos patronos de numerosas localidades agrarias, otro importante y heterogéneo conjunto de sectores sociales resultó igualmente dañado en sus intereses, vidas y haciendas por la oleada de actos de violencia revolucionaria desatada durante los primeros compases de la contienda militar. En consecuencia, un acrisolado y multicolor conjunto de grupos sociales intermedios, intensamente politizados en las constantes pugnas de los años treinta, al tiempo que severamente castigados por la enorme capacidad reivindicativa de los sectores populares y los jornaleros, se identificaron, desde un primer momento, pero sobre todo durante el transcurso de la guerra, con las consignas autoritarias o fascistas que emergieron desde el bando militar rebelde. Y entre todos ellos, otros muchos incluso aceptaron gustosamente formar parte de los recién instaurados poderes municipales que llevarían, hasta los últimos confines del espacio local, las políticas reaccionarias del Nuevo Estado franquista.

expropiadas alcanzaban una superficie global de 34.505 hectáreas. Consúltense, sobre este particular, las siguientes aportaciones de: GIL BRACERO, Rafael, *Guerra Civil en Granada...*, op. cit., pp. 1260 y ss., y *Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en la guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, (Granada: Editorial Universidad de Granada, 1998), p. 326. Según hemos podido averiguar, consultando los papeles correspondientes a la Causa General de la provincia de Jaén, en esta demarcación territorial también se efectuaron numerosas expropiaciones contra modestos propietarios o arrendatarios agrícolas. Véanse: COBO ROMERO, Francisco, *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén, 1936-1950*, (Jaén: Diputación Provincial, 1994), y Archivo General de la Guerra Civil Española, Salamanca, *Sección Político-Social, Madrid*.

En aquellas otras comarcas y ciudades prontamente instaladas en la retaguardia «nacionalista» bajo control de las tropas rebeldes, concurrieron asimismo circunstancias propiciatorias para la adhesión masiva de extensos colectivos sociales a los postulados decididamente antirrepublicanos sostenidos por la derecha más radicalizada⁴⁶. El exterminio sistemático de los opositores izquierdistas puesto en marcha desde las primeras semanas del conflicto y la proclamación, a través de una insistente propaganda, de los fundamentos ideológicos de nacionalismo ultracatólico y antidemocrático sobre los que habría de instalarse una nueva realidad política superadora del denostado régimen democrático⁴⁷, generaron un propiciatorio caldo de cultivo sobre el que proliferó toda una amplia gama de viscerales extremistas de derecha⁴⁸. Solamente así, puede entenderse el vasto fenómeno de adscripción masiva y voluntaria protagonizado por varios miles de ciudadanos corrientes, que acudieron en tropel, durante las primeras jornadas del conflicto, a alistarse en las milicias cívicas, o en los embrionarios órganos paramilitares puestos al servicio del Ejército rebelde por Falange Española, Comunión Tradicionalista u otras organizaciones de la derecha radicalizada o fascista que proliferaron durante el transcurso de los primeros años treinta⁴⁹.

⁴⁶ La adhesión «atropellada» a las filas de Falange Española durante los meses inmediatamente posteriores al triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, pero sobre todo durante los primeros meses del conflicto civil de 1936-1939, registrada en algunas comarcas rurales del suroeste andaluz, y muy especialmente en la provincia de Sevilla, prueba el atractivo que debieron ejercer los ideales del falangismo entre amplias capas de la población campesina. Al respecto véase: LAZO, Alfonso, *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, (Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1998), y más recientemente: LAZO, Alfonso y PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio, «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, 52 (2004), pp. 237-253. Véanse asimismo las siguientes aportaciones de: PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio, *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*, (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2004); *Señoritos, Jornaleros y Falangistas*, (Sevilla: Bosque de Palabras, 2008) y *Las piezas perdidas de la Falange. El sur de España*, (Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2008).

⁴⁷ Véase: ESPINOSA MAESTRE, FRANCISCO, *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, (Barcelona: Crítica, 2006).

⁴⁸ El mes de agosto de 1938, el número de integrantes de la segunda línea de milicias que operaban en la retaguardia nacionalista andaluza, ascendía a un total de 44.451 hombres. Véase: SEVILLANO CALERO, FRANCISCO, *Exterminio. El terror con Franco*, (Madrid: Oberon, 2004), pp. 128-129. Consúltase, asimismo, el ya clásico estudio de: CASAS DE LA VEGA, Rafael, *Las milicias nacionales*, (Madrid: Editora Nacional, 1977), 2 vols., Vol. II, pp. 855-863, vid. especialmente las páginas 860-861.

⁴⁹ La constitución de las milicias de voluntarios «nacionalistas» fue profusamente estudiada por Rafael CASAS DE LA VEGA, *Las milicias...*, op. cit.; y mucho más recientemente lo ha sido por: SEMPRÚN, José, *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la Guerra de España*, (Madrid: Actas Editorial, 2004), pp. 164-209. No obstante, las profundas raíces ideológicas y culturales que incitaron a la

A lo largo de tan intensa coyuntura histórica un heterogéneo y vasto colectivo de individuos politizados por las consignas ultranacionalistas y antirrepublicanas forjadas desde el bando rebelde, accedió a la manifestación apasionada de convicciones visiblemente identificadas con la instauración en España un régimen de orden, virulentamente antiliberal y comprometido con el respeto a la tradición y al catolicismo. Fue precisamente este denso magma multicolor, integrado por los componentes de muy diversos grupos sociales intermedios del mundo rural, el que, azuzado por las duras controversias políticas desatadas durante el conflicto civil, castigado o perseguido por la radicalización de las izquierdas y los sectores populares, y exaltado por el clima generalizado de violencia y muerte que arrasó ambas retaguardias, protagonizó una adhesión incondicional a las propuestas patrióticas, ultranacionalistas y de regeneración desplegadas desde el bando militar rebelde. Quedó configurado, así, el soporte sustancial que habría de sostener, instalado sobre un «*refundado pacto social*» de carácter antirrepublicano y anti-izquierdista, la práctica totalidad de los nuevos poderes locales franquistas edificados en infinidad de municipios rurales desde 1939 en adelante.

EL CAMPO Y LA DEMOCRACIA. SOCIALISTAS Y COMUNISTAS EN LA SENSIBILIZACIÓN DEMOCRÁTICA DEL CAMPESINADO DURANTE EL TARDOFRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Cuando todavía estaba en pleno apogeo la dictadura franquista, desde fines de los años sesenta los socialistas de la Unión General de Trabajadores y la Federación de Trabajadores de la Tierra comenzaron a mostrarse enormemente receptivos a los importantísimos cambios estructurales que se registraron en la agricultura española⁵⁰. La pérdida de importancia del PIB agrario con respecto al PIB total representado por el conjunto de la economía nacional se unió, en un acelerado proceso de especialización productiva, mercantilización, incorporación de insumos provenientes de la industria y mecanización de numerosas labores, al irremediable éxodo rural, a la disminución del número de jornaleros dispuestos a acudir a los mercados laborales en demanda de empleo y al parcial despoblamiento de numerosísimos municipios eminentemente rurales o agrícolas. Asimismo, las nuevas condiciones creadas por

violencia a extensos y muy heterogéneos colectivos sociales de la retaguardia «nacionalista» durante los primeros meses de la Guerra Civil, han sido expuestas por Francisco SEVILLANO CALERO, *Exterminio. El terror...*, op. cit., pp. 29-43.

⁵⁰ Véase: HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio: «Otra lectura de la transición española es posible»: La democratización del mundo rural (1975-1982)», en *Ayer*, 74 (2009), pp. 219-240; y *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española*, (Madrid: Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación, 2007).

la disminución de los precios de los productos agrícolas o la severas restricciones experimentadas en la disponibilidad de mano de obra jornalera, repercutieron negativamente sobre las grandes explotaciones insuficientemente equipadas para hacer frente al incremento de los costos salariales, al tiempo que dieron un respiro a las pequeñas explotaciones familiares con capacidad para adaptarse a las nuevas exigencias de unos mercados en constante evolución. Todo esto erigió al pequeño campesinado capacitado para la adecuada rentabilización de sus excedentes en un protagonista esencial que, pese a todo, padeció agudamente las políticas agrarias de la fase final del franquismo y la asfixiante carga provocada por el régimen de Seguridad Social, la imposición tributaria, la férrea regulación de los precios agrícolas o la constricción de los beneficios derivada de la especulación ejercida por las cadenas de comercialización y distribución en manos del gran capital. Los socialistas supieron orientar sus discursos de movilización pro-democrática en la agricultura prestando una especial atención a los intereses del pequeño campesinado familiar, al considerar a los modestos labradores autónomos como los protagonistas idóneos para emprender la modernización de sus explotaciones y convertirse en empresarios agrícolas profesionalizados, competitivos y eficaces, al igual que sus homónimos europeos. Esto no significó, en absoluto, que los socialistas olvidasen su compromiso con los asalariados. De hecho, configuraron todo un entramado de organizaciones agrarias profesionales que incluían reivindicaciones orientadas a satisfacer tanto las reclamaciones surgidas del estrato de pequeños campesinos profundamente implicados en el mercado de productos agrícolas como aquellas otras provenientes del colectivo de jornaleros castigado por los efectos de la «des-campesinización», el éxodo rural, los bajos salarios, el desempleo o la precariedad de los subsidios establecidos para garantizar mínimamente su subsistencia.

Por su parte, los comunistas del PCE (Partido Comunista de España) y de las CC.OO. (Comisiones Obreras) del Campo persistieron, desde los años finales de la década de los cincuenta, en la difusión de sus principales consignas en torno al problema agrario español y su particular resolución. Desde la fragilidad y la inconsistencia de la mayor parte de los órganos de prensa y los medios propagandísticos de difusión escrita con que contaban las células clandestinas de organización del Partido Comunista en las distintas provincias, se insistía una y otra vez en la glorificación de la Reforma Agraria. Esta última aparecía erigida en la panacea destinada a resolver las carencias e injusticias padecidas por los jornaleros agrícolas y el campesinado más pobre⁵¹.

⁵¹ Véase: «*La Voz del Campo*», enero de 1961, año II, número 1, p. 1, «*Tierras sin cultivar y obreros agrícolas en paro*». Véanse, asimismo, los números 6, de junio de 1961, y 8, de agosto de 1961.

El diseño de los desequilibrios estructurales que subyacía en casi todos los análisis efectuados por los comunistas en torno a la precaria y dificultosa situación padecida por el campesinado bajo el régimen franquista, pivotaba constantemente sobre la señalización del latifundismo, y el desigual e injusto reparto histórico de la tierra, como los culpables primordiales de la ruinosa situación padecida por millares de campesinos y trabajadores agrícolas. Además, se atribuía a la gran explotación latifundista, con una terquedad digna de mejor causa, un acentuado carácter de atraso e incapacidad productiva, en muchos casos derivada del egoísmo de sus propietarios o de la frecuente práctica del absentismo empresarial. Los comunistas efectuaban constantes llamamientos a la lucha organizada de los jornaleros y los campesinos más pobres frente a la dictadura franquista, entendida esta última como el régimen político antidemocrático y oligárquico que garantizaba, mediante sus particulares políticas de ordenación agraria, la protección de los intereses de la gran burguesía latifundista y la continuidad de la hegemonía indiscutida de la gran propiedad rústica. La consabida consigna de «*La tierra para quien la trabaja*», tan profusamente difundida por los comunistas, se dirigía especialmente al extenso colectivo de jornaleros y trabajadores agrícolas sin tierra, concebidos como los primeros beneficiarios de la distribución de las tierras expropiadas a los grandes terratenientes y los ricos propietarios latifundistas. Y, en menor medida, a una abigarrada pléyade de campesinos pobres o modestísimos propietarios o arrendatarios⁵². Bien es cierto que entre las propuestas de resolución del problema agrario, los comunistas contemplaban asimismo la inmediata y urgente adopción de medidas orientadas a salvaguardar los intereses del campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios frente al expolio y la enajenación ejercida por los grandes consorcios financieros, la imposición tributaria, o los odiados intermediarios⁵³. Para todo ello, los comunistas porfiaban en la realización de tan singular transformación por parte de un gobierno democrático, que sería el encargado de poner a disposición de los trabajadores agrícolas las tierras expropiadas, a fin de que fuesen ellos mismos quienes, de manera enteramente libre y democrática, decidiesen bajo qué forma, si bien individual o colectiva, deberían proceder a su explotación y usufructo⁵⁴.

En parecidos términos se expresaba, el año 1965, el órgano de expresión comunista: «*La Voz de Jaén. Portavoz de Obreros y Campesinos*», número 6, año 2º, junio 1965, p. 1: «*El campo necesita una rápida solución*».

⁵² Véase: «*La Voz del Campo Andaluz*», agosto de 1969, nº. 1, pp. 1-2.

⁵³ Véase: «*La Voz del Campo*», abril de 1967, año VIII, número 2, pp. 1-2.

⁵⁴ El órgano de prensa comunista «*La Voz del Campo*» recogía las siguientes palabras: «¿*Cómo se va a trabajar la tierra que se entregue a los campesinos? ¿Individual o colectivamente? Esto lo decidirán en*

Todo este conjunto de apreciaciones, nos induce a pensar que las imágenes sublimadas y ancestrales del *reparto*, junto con las más recientes y elaboradas de la Reforma Agraria, continuaban alimentando el imaginario de multitud de jornaleros y braceros agrícolas ubicados en aquellas comarcas con una mayor concentración de población asalariada rural. Ambas soluciones eran contempladas como los instrumentos salvíficos y *mitificados* que pondrían fin a una prolongada era de injusticia en la distribución y el acceso a la tierra, cuya persistencia se vinculaba a la cerrada defensa de los intereses oligárquicos y monopólicos de la burguesía agraria latifundista llevada a cabo por la dictadura franquista.

Los pilares fundamentales de la interpretación comunista acerca del carácter profundamente desequilibrado que exhibía el sector agrícola español perduraban casi intactos en la etapa final de la dictadura del general Franco. Puede afirmarse que su reiterado discurso en torno a la Reforma Agraria resultó sumamente efectivo en la solidificación de determinadas «identidades colectivas», hasta convertir a estas últimas en auténticos *motores de simbolización* que suscitaron la movilización y la protesta entre determinados conjuntos de la población agrícola asalariada y el campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios perjudicado por las políticas agrarias implementadas por el franquismo. Durante los años finales de la dictadura y al inicio de la transición democrática, numerosas comarcas agrarias con un fuerte predominio de la gran explotación y una elevada concentración de mano de obra rural asalariada, asistieron al despertar de una importante red de organizaciones sindicales fuertemente comprometidas con la defensa de los intereses jornaleros y el pequeño campesinado. En tal sentido, las Comisiones de Jornaleros surgidas en 1975 y fuertemente influidas por el Partido de los Trabajadores de Andalucía (PTA), alumbraron poco después el nacimiento del Sindicato de Obreros del Campo (SOC), en agosto de 1976⁵⁵. Este último se erigió, desde los inicios de su andadura, en una poderosa organización muy sensibilizada con las dificultades provocadas sobre los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas por los fenómenos de emigración masiva, pérdida de oportunidades de empleo y aplicación de un sistema de subsidio agrario (el «Empleo Comunitario», posteriormente denominado «Plan de Empleo Rural») concebido

cada caso los propios campesinos. Ellos decidirán democrática y libremente las formas en que han de trabajar la tierra que será suya. Ellos decidirán democrática y libremente si prefieren trabajar en común o prefieren cultivar la explotación familiar». Cf. «La Voz del Campo», agosto de 1966, año VII, número 4, p. 1.

⁵⁵ Una detallada explicación del contexto histórico y socio-económico en el que surgió el SOC puede hallarse en MORALES RUIZ, Rafael, «Aproximación a la historia del Sindicato Obreros del Campo en Andalucía», en Manuel González de Molina (ed.), *La Historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y Jornaleros*, (Barcelona: Anthropos, 2000), pp. 179-206.

como humillante y desmoralizador. Al calor de las primeras movilizaciones jornaleras registradas en algunas comarcas andaluzas durante la segunda mitad de la década de los setenta, y dirigidas contra las condiciones específicas en las que se efectuaba la distribución del mencionado subsidio, o en defensa de una imagen sublimada de la Reforma Agraria, resucitaron, con una más que considerable capacidad movilizadora, las Comisiones Obreras del Campo⁵⁶, hasta convertirse en la federación más radicalizada del sindicato de inspiración comunista⁵⁷.

⁵⁶ Las primeras «comisiones de obreros» agrícolas aparecidas en el seno de la viticultura del Marco de Jerez, se remontan a mediados de los años 50, aún cuando comienzan a ser estables a lo largo del periodo 1959-1965. Consúltase: FOWERAKER, Joe, *Making democracy in Spain. Grass-roots struggle in the South, 1955-1975*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

⁵⁷ Consúltase: GÓMEZ OLIVER, Miguel, «Jornaleros andaluces, ¿una clase en extinción? Un análisis de la conflictividad campesina en los años 80», en Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina (eds.), *Ecología, Campesinado e Historia*, (Madrid: Ediciones La Piqueta, 1993), pp. 409-428, véanse especialmente las pp. 387 y ss. Consúltase, asimismo, GÓMEZ OLIVER, Miguel, «El movimiento jornalero durante la Transición», en Manuel González de Molina (ed.), *La Historia de Andalucía a debate. Vol. I...*, op. cit., pp. 135-155.